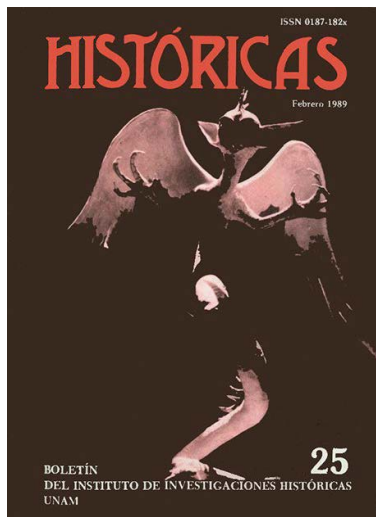




Artículo: Miguel Soto, La conspiración monárquica en México. 1845-1846

Autor(es): Ortega y Medina, Juan Antonio

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 25

Año: 1989

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Ortega y Medina, Juan Antonio. "Miguel Soto, La conspiración monárquica en México. 1845-1846" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 25 (1989): p. 34-39. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3745>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
 - **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
 - **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.
-



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

servadoras y reaccionarias mexicanas con una base sólida y con una actitud que tiende a la explicación histórica, más que a la diatriba. Si bien es difícil vencer el maniqueísmo cuando se estudian estos casos, ya es tiempo de que se les trate como algo que existió por un conjunto de razones de ser, y que tales razones de ser se encuentran en una dinámica nacional que tiene orígenes tanto externos como locales. Los logros de estos capítulos son ricos e incitan a seguir adelante en el conocimiento de lo que en ellos se presenta.

Tres o cuatro libros en uno, cuya unidad se sostiene a pesar de las observaciones planteadas, que continúa lo iniciado en *Los pioneros del imperialismo alemán en México y Fascismo y antifascismo en América Latina y México*, de más o menos los mismos autores. La aportación al conocimiento de las relaciones germano-mexicanas a cargo de este equipo de trabajo del CIESAS ha sido muy grande.

Álvaro Matute
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM

Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México. 1845-1846*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.*

Tengo entendido que el libro de mi colega y antiguo alumno Miguel Soto, que motiva esta presentación crítica, *La conspiración monárquica en México. 1845-1846*, fue la tesis que le permitió al acucioso investigador recibir el grado de doctor en Historia en la Universidad de Austin, Texas, tras cursar los brillantes estudios de posgrado.

Consta tan importante obra que hoy ve la luz en México, publicada por la Editorial Offset, (1988) de seis capítulos, además del prólogo, la introducción, notas, "agradecimientos", conclusiones o "consideraciones finales", bibliografía e índice onomástico, tan útil esto último no sólo para el lector, sino fundamentalmente para el profesional (investigador o profesor) y que por indiferencia o negligencia no es, por desgracia, práctica generalizada en los libros de historia que se publican en nuestro país.

¿Qué es lo que motiva, preguntémonos, esa peculiar constante que constituye la clave de la historia mexicana a partir de la

* La presentación de este libro se realizó en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el día 31 de agosto de este año.

independencia, que se caracteriza por “los continuos levantamientos y pronunciamientos cuyos propósitos y objetivos finales parecen consistir, exclusivamente, en encumbrar algún cabecilla o líder político”? Ésta es la cuestión que se plantea el autor en su prólogo, cuya solución encontrará el lector tras una meditada lectura, si bien Miguel Soto nos advierte cautelosamente que los móviles políticos últimos del proceso —aún hoy, a más de un siglo de distancia— distan mucho de estar completamente claros (p. 13). Tal es el caso que nos presenta el historiador cuando analiza en su estimulante libro la figura y talento de un jefe militar, el general Mariano Paredes y Arrillaga, uno más en la pintoresca y ambiciosa cauda de los *milites gloriosi*, quien gustosamente se dejó envolver en la red de la intriga monárquica que le tendieron el político conservador don Lucas Alamán y el embajador español en México don Salvador Bermúdez de Castro, auxiliados en la empresa por la Iglesia y por las clases pudientes mexicanas y, naturalmente, por el ejército.

En su despliegue temático el doctor Miguel Soto no utiliza el muy socorrido y congelante método técnico de numeración arábiga para las secciones y subdivisiones de su texto, sino títulos capitulares, encabezados significativos, orientadores y sugestivos, cuya sola lectura encamina ya al lector hacia el objetivo crítico propuesto intencionalmente por el historiador. Posee él suficiente imaginación histórica y por lo mismo rechaza la moda deshumanizante, técnica, puesto que ella no se acomoda de ningún modo al saber histórico que es, ante todo, conocimiento de lo humano; es decir, de las circunstancias que moldean la vida del hombre.

El autor quiere presentarnos, y lo logra con creces, “el retrato de cuerpo entero” de la contradictoria sociedad mexicana de la década de los cuarenta; de la sociedad “que perdió la guerra ante los ocho mil soldados de Winfield Scott” (p. 15). Intencionalmente el historiador marca la exigua cantidad de los soldados atacantes y victoriosos, cuyos éxitos sólo pueden explicarse dado que operaban contra una sociedad todavía en camino de formación. Era México por entonces un país que apenas iniciaba su desarrollo moderno; a saber, un conglomerado social inmaduro, no cuajado todavía; “una comunidad nacional —se nos dice— en estado de incipiente formación, la cual podía entonces lo mismo ser republicana que monárquica...” (*ibidem*).

Esta ambigüedad e irresolución sociales nos llevan a plantear este inquietante requerimiento: ¿realmente, los criollos y mestizos prominentes manejaban una nación o una entelequia? Miguel Soto nos dice que la gran mayoría del pueblo vivía su vida sin preo-

cuparse ni poco ni mucho con los cambios políticos; gobiernos iban y venían y pronunciamientos se sucedían casi con cronométrica regularidad sin que tales acontecimientos preocupasen a la gente. A este respecto es singularmente reveladora la respuesta de un indolente mulato a la pregunta azorada de un norteamericano que acababa de desembarcar en el Veracruz de la primera mitad del siglo pasado: “¿Pero qué pasa —demandó el viajero—, qué está pasando?” “Nada señor, nada, nomás una revolucioncita”. Otro caso típico nos presenta a su vez Miguel Soto en su libro, al referirse al siguiente hecho: con motivo del festejo popular del año nuevo de 1846, en la Plaza de Armas o de la Constitución, que desde julio de 1843 comenzó a llamarse Zócalo, el pueblo estuvo a punto de amotinarse porque no había presidente disponible, dado que Herrera se había visto obligado a renunciar a la presidencia dos días antes a consecuencia de la sublevación de Paredes en San Luis Potosí. El pueblo quería ver aparecer al presidente en el balcón central del palacio pues sin la presencia del mandatario la noche vieja y el año nuevo no tenían sentido. Como comentó don José Fernando Ramírez, citado por el historiador: “nadie había protestado por el abrupto cambio de gobierno y a nadie le importaba —con la excepción de unos cuantos— quién sería el nuevo presidente del país; pero cuando se supo que no habría celebración para festejar el arribo del año nuevo, entonces sí, una creciente inquietud amenazó seriamente la tranquilidad y sosiego de la ciudad capital” (p. 82). Reacción visceral encrespada del pueblo cuando se atentaba, aun sin propósito, contra cualesquiera de sus inveteradas costumbres; pero sordera y neutralidad casi absolutas frente a los cambios políticos.

A nuestro entender, esta apatía o indiferencia del pueblo frente a la *res publica* pone de relieve que la nación no estaba aún cuajada del todo; sin embargo, los políticos (liberales, conservadores y moderados), los militares (oficiales, jefes y generales) y los burgueses (pudientes, burócratas y periodistas) actuaban y manejaban la cosa pública como si verdaderamente ya estuviese aquélla fraguada; e imaginaban con optimista espejismo que la nación ya estaba consolidada biológica, cultural, política y socialmente de acuerdo con el modelo, el programa o la fórmula política trasonada y, pues, quimerizada. La visión ideal impedía la percepción de la realidad.

Según parece, solamente había en México un hombre sensato, el general José Joaquín Herrera, que se inclinaba al reconocimiento de Texas y rechazaba el enfrentarse militarmente a los norteamericanos. Ni incluso en cordura se le aparejaba don Lucas Alamán, quien por táctica política favorable a su tesis monar-

quista salvadora se disfrazaba de guerrero para no desentonar en el ambiente belicista de su tiempo, del que hacía gala irresponsablemente la mayoría, si no es que todos los mexicanos más representativos de aquella época. La prudencia fue dejada a un lado; se impuso el desvarío patriotero, disfrazado de nacionalismo, y desdeñando la posible ayuda que brindaban Francia e Inglaterra a cambio de que el gobierno mexicano reconociera la independencia de Texas, para evitar la incorporación de ésta a la Unión Americana, México se vio comprometido en una guerra de la que salió derrotado, con pérdida de las tres cuartas partes del territorio heredado.

Como comentaba en un artículo de fondo el periódico pro monárquico, *El Tiempo*, que glosa el historiador, las pérdidas territoriales de México no se debieron a que todos los gobiernos que habían regido la nación hubieran estado bajo el mando de puros ineptos o traidores; las divisiones y desacuerdos que existían en el país no resultaban de las actitudes personales de sus líderes políticos, sino de la falta de correspondencia entre la realidad y las instituciones republicanas que se habían tratado de implantar; pero débese aclarar que la misma falta de correspondencia presentaba la institución monárquica, como lo muestran los fracasos de 1846 y 1862-1867 y nosotros añadiríamos el imperial de 1822-1823.

Resulta sumamente curiosa la herencia hispánica de México, por lo que toca a la decisión dramática de éste, de arriesgar todo antes de ceder al reconocimiento texano que la mesurada política aconsejaba en aquel momento. Sabido es que España no reconoció a su antiguo reino mexicano hasta 1836 y llevó a cabo intentonas de recuperación como la invasión del brigadier Barradas en 1829, y asimismo la España finisecular antes de otorgar a Cuba la independencia se comprometió en una guerra contra los Estados Unidos (1898), de antemano catastrófica, que le costó perder no sólo la perla antillana, sino también Puerto Rico, Filipinas, Guam, las Carolinas y Marianas. La intransigente Madre Patria al igual que su intolerante hija o exhija mexicana arriesgaron mucho y perdieron todo ("hasta el último hombre, hasta la última peseta" como enardecidos clamaban los españoles diputados a Cortes, todo antes que liberar a Cuba); o las bravatas jactanciosas de los periodistas y políticos mexicanos en 1846, cuando fantaseaban sobre la posibilidad de llevar la guerra victoriosa hasta "las puertas de Washington"; o si se prefiere algo más reciente, cuando se alude hoy día al "carro completo" electoral o al peligro absoluto del "todo o nada".

En el libro de Miguel Soto que motiva estas meditaciones crí-

ticas todos los hilos de la madeja conspirativa, monarquizante y mexicana, van siendo desenredados y permitiéndonos ver *in puribus* los opuestos intereses de los protagonistas. Irrita al lector, cuando menos a mí en grado extremo, ver como se aproxima la tormenta devastadora y antes que tomar medidas protectoras para evitar por lo menos los máximos estragos, no sólo nada se hace, si por hacer se entiende la actividad inútil de un Diógenes, sino que se ponen obstáculos insuperables a la sensatez de los que quieren evitar males peores: tal el caso del general Herrera. En lugar de cerrar filas, los hombres representativos y estados importantes no se entienden y cada quien tira por su lado. No se constituye un frente común ni se realiza una labor defensiva de conjunto. Incluso Paredes se muestra indeciso, ambiguo; margaritea entre monárquicos y republicanos y cuando las lamentables e inesperadas derrotas de Palo Alto y Resaca de la Palma muestran la obstinada y triste realidad de las cosas y convierten en humo y en nada la artificiosa belicosidad, el prestigio presidencial queda por los suelos y todos se aprestan a hacer leña del árbol caído, incluso don Lucas Alamán, que vengándose de Paredes lo hace responsable de la guerra y las derrotas, como anteriormente acusó éste al congreso por la declaración de guerra (p. 190).

“El fin del gobierno de Paredes —comenta el autor del libro— marca también el final de la conspiración monarquista de 1846. Y así como la amenaza de guerra por la anexión de Texas había abierto la posibilidad de llevar a cabo el proyecto monarquista, la llegada de la guerra finalmente la clausuró” (p. 200).

El análisis crítico de la conspiración monárquica constituye, de acuerdo con el autor, la parte central, y esencial —añadamos— del trabajo. Éste abarca desde los obligados antecedentes históricos al desenlace final de la conspiración, con el subsecuente colapso del gobierno paredano. Quedan entre ambos extremos tres capítulos de los cuales el II se refiere a la conspiración, y a los conspiradores monárquicos; el III, al éxito inicial de la intriga y el IV al desafío de la oposición republicana. Hay además un capítulo último, el VI, dedicado al análisis de lo que el historiador Miguel Soto llama “la dimensión europea de la conspiración monárquica”, en la cual se sopesa irónicamente, me sospecho, la cantidad de ayuda que México podría haber esperado de sus “verdaderos amigos” (p. 200).

Este denso capítulo, tengo además para mí, que representa una novedad historiográfica mexicana, porque son pocos los historiadores nuestros que traspasan las barreras informativas extranjeras y van a la historia europea o estadounidense en busca de datos, apoyos, aclaraciones y tendencias (estas últimas para rechazar-

las, aceptarlas o afirmarlas). En llegando a este punto conviene aclarar que ya es habitual en cierto número de historiadores consagrados y en alguno que otro novel el hacer motivo de preferencia investigadora la historiografía norteamericana y los temas históricos, sobre todo los tangenciales a los nuestros; mas por lo que respecta a la historia europea, no ya únicamente la española sino también la francesa, inglesa o alemana, la curiosidad es menor y los contactos son mínimos.

Empero esto no reza para nuestro estudioso y dedicado historiador puesto que en la cátedra, en sus ensayos y en sus libros es patente su determinación de ampliar el campo de la investigación histórica mexicana rastreando e investigando las fuentes e historias extranjeras que puedan proporcionar luz a nuestros seculares problemas históricos. Hace años se lamentaba don Daniel Cosío Villegas del escaso número de historiadores mexicanos dedicados al estudio intensivo y extensivo de la historia y cultura de nuestro vecino septentrional; hoy la nómina es mayor y de excelente calidad, pero sigue siendo insuficiente. Miguel Soto es uno de los incorporados, y al cultivar simultáneamente la parcela historiográfica anglosajona e iberomexicana contribuye a la comprensión entre ambos pueblos.

En suma, y con estas últimas palabras rubricamos nuestra presentación, *La conspiración monárquica en México 1845-1846* es un estupendo y valioso libro en el que Miguel Soto analiza, profundiza y esclarece acontecimientos que habían sido abordados eventual y ligeramente por unos cuantos historiadores mexicanos. La maestría con que ha resuelto las complejidades del tema de estudio perfilan en el joven doctor a un investigador de primer orden del que son de esperar nuevos éxitos y nuevas aportaciones. De todo esto me congratulo por haber sido profesor del flamante doctor, cuando comenzó a cursar la licenciatura en Historia de México a raíz de su ingreso como alumno de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, aunque no se a ciencia cierta si mis lecciones fueron para bien o mal suyo; es decir, si contribuyeron en algo a iluminarlo y acaso mucho, por desgracia, a entenebrecerlo.

Juan A. Ortega y Medina
Instituto de Investigaciones
Históricas de la UNAM